

Introducción

Los estudios sobre sectores altos

En el Perú, los estudios sociales sobre los “sectores altos” han sido numéricamente muy escasos (Kogan 1996). Aquellos que se propusieron el estudio de fenómenos culturales dentro de este grupo, lo son aun más. La mayor parte de investigaciones sobre sectores altos se ha generado desde un enfoque histórico-económico (Durand 2004), e incluso desde una perspectiva periodística (Malpica 1990). La falta de un corpus derivado de la investigación social ha llevado a algunos investigadores a recurrir a fuentes literarias que representan aspectos de la sociedad limeña de estos sectores (Barrig 1996).

No solo son escasos los estudios sobre los sectores altos sino también relativamente recientes. Las razones que explicarían el desinterés de los científicos sociales por las clases altas son diversas. De un lado, la sociología en el Perú necesitó justificaciones morales y políticas para validar ideológicamente sus objetos de estudio, por lo que has-

ta inicios de los años noventa las investigaciones se habían centrado en los sectores populares (Rochabrún 1993). De otra parte, otro de los argumentos utilizados para desdeñar el estudio de los sectores altos fue el de *minoría estadística*, y como contraparte, la necesidad de emprender investigaciones sobre las mayorías pobres del país orientadas a la aplicación de políticas de promoción del desarrollo.

Hacia finales de los años ochenta, la perspectiva teórica del “mundo de la vida” y los “estudios de género” contribuyó a ampliar el objeto de estudio de la sociología en el Perú. Sin embargo, si bien se produjo un vuelco interesante en la investigación académica redirigiendo el énfasis del sustrato estructural de la sociedad a las perspectivas de los propios actores sociales, las investigaciones sobre los sectores altos persistieron en términos numéricos reducidos. Tal vez los años marcados por la violencia armada interna experimentada desde 1980 hayan fortalecido aun más vigorosamente la dificultad de estudiar a los sectores altos desde una *perspectiva de la acción*. Debe considerarse, principalmente, la reticencia de sus miembros a brindar información por razones de seguridad.

Es de notar, también, que desde los primeros estudios sobre las clases altas en las ciencias sociales emprendidos a fines del siglo XIX (Diggins 1999), estas fueron bautizadas como “clase ociosa”, con lo cual se les condenó en el ámbito académico, moralmente, al olvido o al desprecio.

Así, la escasa tradición de estudios culturales sobre el *otro privilegiado*, junto con la carga ideológica y emo-

tiva que ellos conllevan, ha propiciado lo que Elizabeth Badinter, en su reciente libro *Cómo salir del camino equivocado* (2003), llama “las trampas de la mente”. Parafraseando a la autora, en vez de movernos con categorías cartesianas (claras y distintas) para el estudio de los sectores altos, apelamos a las analogías fallidas, a la confusión conceptual de términos, al ocultamiento de información, a la caricatura del otro y al maniqueísmo. Como consecuencia, *la opacidad* caracterizaría nuestra forma de conocimiento en torno al tema de la diferenciación social.

Por tanto, no solo el aparato conceptual con que contamos para analizar a los sectores altos resulta poco fino o insuficientemente articulado, sino que también entran en juego elementos emotivos en la lectura de estos sectores sociales: acercamientos poco serenos que más bien tienden a mostrar —en muchos casos— los prejuicios de los investigadores.

La desigualdad estructural que caracteriza a nuestra sociedad, agudizada en los últimos años como consecuencia de la globalización, hace muy difícil para los sectores altos, como para los “otros”, mostrarse. De allí una segunda dimensión de la *opacidad*. La brecha entre las viejas y nuevas elites —surgida al amparo de la inédita interconexión comercial mundial— y los *otros sectores sociales*, es abrumadora. “Decir no es mostrar” señalaba Wittgenstein: narrar cómo viven las nuevas elites no es fácil de comprender o de comunicar para quien no per-

tenece a ese sector, como tampoco lo contrario: las nuevas elites parecen no construir su identidad de cara a los grupos sociales locales, sino transnacionales. La opacidad, la falta de información, la prescindencia del otro para la construcción de la identidad han cambiado las relaciones entre los grupos privilegiados y “los otros”: esa es nuestra principal hipótesis: sobre una profunda desigualdad estructural que se ha ido reelaborando, los grupos de poder, y en particular, las nuevas elites surgidas a partir de la década del noventa, como su contraparte (el resto de la sociedad), parecen mirarse poco, comprenderse menos y sospechar mutuamente del otro dando la impresión de casi no necesitarse. Guillermo Nugent (2005) lo sugiere al final de un interesante artículo: “la modernización, antes que estigmatizados, genera olvidados”.

Las relaciones de género y los sectores altos en la Lima de los noventa

A inicios de los noventa realicé una investigación sobre las relaciones de género en el sector alto de Lima (Kogan 1992). Los resultados de ese estudio pionero se presentan en este libro con años de *retraso*, si bien tuvieron antes una circulación restringida en el ámbito académico (Kogan 1993 y 1998).

En términos generales, es posible representar simbólicamente al sector alto de Lima como un mosaico de grupos de poder.

En primer lugar, podemos identificar un grupo cuyo origen se remonta a la propiedad de la tierra de herencia colonial hispánica. Esta “vieja” oligarquía de terratenientes representó casi hegemonícamente a la clase alta (en términos sociales, políticos y económicos) hasta los años cincuenta del siglo XX (Burga y Flores Galindo 1987).

Otro sector importante de la *clase alta* está constituido por familias de origen europeo (principalmente italianas, inglesas, españolas y alemanas) cuyos patriarcas migraron hacia el Perú en la última década del siglo XIX y primera del siglo XX (Castillo 1992). A diferencia de la gran oligarquía, en general se trató de familias que gestaron sus fortunas en la manufactura, el comercio y la banca, es decir en actividades ligadas al ámbito urbano. Estas grandes familias crecieron económicamente aprovechando estratégicamente los procesos de urbanización y modernización de la capital peruana hasta convertirse, unas décadas más tarde, en grandes grupos de poder económico (Ugarteche 1997). Ya que a partir de la década del cincuenta se produce un fenómeno modernizador de la sociedad que se consolida con la aplicación del modelo económico de sustitución de importaciones recomendado por la Cepal a inicios de los sesenta del siglo XX.

La estocada final que permitió el ocaso político de la oligarquía y el florecimiento de los grupos económicos de origen extranjero fue el gobierno militar reformista de corte nacionalista y estatista de Velasco Alvarado, quien llega al

poder en 1968 mediante un golpe de Estado. Las reformas que implanta terminan por descomponer el poder de la antigua oligarquía terrateniente a favor de los grupos económicos que acceden a la propiedad de grandes empresas y complejos productivos en diversos sectores de la economía como consecuencia de la nacionalización de compañías que hasta ese momento se encontraban en manos de capitalistas extranjeros.

Entre los años 1968 y 1980 el Perú fue gobernado por regímenes militares de facto. Si bien en 1980 se instaura la institucionalidad democrática, en términos económicos se produce lo que se ha llamado “la década perdida”. Para el Perú como para América Latina, este es un periodo de importante decrecimiento económico. Según la Cepal, entre 1980 y 1985 América Latina tuvo un PBI per cápita de -0,6 %, mientras entre 1985 a 1990 esta cifra es de -0,1% (ibíd.).

En el caso peruano, en el marco de gobiernos populistas se sucedieron varios modelos económicos contradictorios en muy cortos periodos de tiempo. A la vez surgió la violencia de Sendero Luminoso y del MRTA, se extendió el narcotráfico y ocurrieron desastres naturales, de modo tal que el país se vio envuelto a fines de los ochenta en un auténtico drama social, político y económico. Una situación de *anomia generalizada* caracterizó estos años: las instituciones estatales se hallaban muy fuertemente deslegitimadas mientras la violencia reinaba con casi total libertad.

La década del noventa, que se inaugura con el primer gobierno de Fujimori, instaura un modelo económico de corte liberal y eminentemente pragmático. Esta década parece ver el nacimiento de nuevos grupos de poder: grupos económicos transnacionales y grupos ligados al Estado y la cúpula militar. El liberalismo del gobierno de Fujimori, y posteriormente el de Toledo, habría desarrollado nuevas elites como grupos dominantes en la sociedad. Estas nuevas elites estarían compuestas por propietarios y socios gerentes (empleadores) y administrativos (altos ejecutivos) y profesionales altamente calificados de empresas grandes o medianas, prioritariamente transnacionales (Portes y Hoffman 2003).

En la actualidad, los pocos remanentes de la oligarquía tradicional conviven con grupos de poder económico provenientes de la burguesía modernizante de los años sesenta además de nuevas elites económicas relacionadas al capital transnacional. De otra parte, se encuentran los *nuevos ricos*, cuyas fortunas muchas veces fueron producto de las oportunidades que brindaron las cambiantes políticas económicas y que incluyen, aparte de comerciantes exitosos de las colonias, incluso a aquellos que se beneficiaron del lavado de dinero proveniente del narcotráfico.

El estudio que realizamos a inicios de la década del noventa exploró las relaciones de género en los grupos que podemos caracterizar como *viejas elites*: los remanentes de la oligarquía tradicional, los grupos provenientes de la burguesía modernizante de los años sesenta y comercian-

tes exitosos de las colonias. En la última década más bien se han configurado nuevos grupos de poder —las *nuevas elites*— al cobijo del modelo neoliberal y del proceso de globalización.

Las nuevas elites en la era de la globalización

Creo que es pertinente considerar a “la clase alta” como un bloque heterogéneo con discursos igualmente variados y no anclados exclusivamente en el cinismo y el desprecio más profundo por el “otro”. No negamos que esos discursos provenientes de nuestra herencia colonial subsistan abiertamente o solapados entre miembros de las nuevas o viejas elites. Sin embargo, ellos conviven con nuevos discursos y visiones más complejos sobre la realidad. Sobre ello, queremos mencionar algunas ideas.

Es de sospechar que *el otro / el pueblo / el cholo / la clase baja* ya no representa el ancla de la alteridad para las nuevas elites. Kymlicka (2002) señala que en el mundo globalizado la interculturalidad local es penosa, difícil, mientras que la transnacional resulta gozosa. Porque dialogar con el desposeído, con el pobre, con el que sufre en tu propio país, interpela, conmueve, asusta e intimida; mientras aventurar un diálogo con el otro lejano, poderoso y valorado, nos es edificante. La globalización nos permite construir identidades múltiples y ello ha menoscabado considerablemente al rival, al otro necesario para la construcción de la identidad, como ese otro local, producto de nuestra herencia colonial.

Así, creemos que lejos del cinismo, a un grupo de los sectores altos también le produce tristeza y preocupación el otro pobre. La desigualdad profunda entristece y produce miedo. Quiero rescatar de nuevo un aporte de Nugent, en el texto antes mencionado: los discursos sobre el otro parecen dislocados de las relaciones concretas con el otro. Lo que quiero señalar con esto es que los discursos cínicos pueden convivir con otros discursos, lo que no excluye que en las interacciones sociales las marcas de clase y las relaciones de poder se materialicen¹. Este es un tema que merece profundizarse, para poder iniciar un trabajo educativo que acerque a los peruanos en el afán de permitirnos un mutuo y saludable reconocimiento.

Propongo también que el temor hacia el otro (y no el odio) tiñe muchas de las relaciones entre las nuevas elites “y los otros”. Por ello, no deben llamarnos la atención los espacios sociales apropiados como territorios exclusivos: las playas de Asia, los bares y restaurantes, etc. No olvidemos que los territorios se conquistan: así como las pandillas ganan su espacio colocando banderas y pintas en las paredes, las nuevas elites cercan su espacio de civilidad, seguridad y gozo a partir de rituales simbólicos cada vez más visibles: fiestas, inauguraciones de arte, desfiles de moda, etc. La estetización de la política contribuye en gran me-

¹ Por ejemplo, haciendo una analogía, pocos en nuestro país avalarían abiertamente discursos machistas o racistas; sin embargo en la interacción cotidiana con el otro esas prácticas se manifiestan con diversos matices.

dida con dicho cometido. Hay canales de señal cerrada en la TV, como espacios en revistas de gran lectoría, que nos transmiten profusamente los estilos de vida de las nuevas elites: los vemos discutiendo sobre vinos y maridaje con diversos y sofisticados platos de comida, proponiéndonos dulces y postres, recomendándonos lejanos destinos turísticos, señalando las mejores opciones decorativas, y sobre todo, mostrándonos una exquisita arquitectura. A diferencia de otras épocas, podemos conjeturar que las nuevas elites ya no sienten culpa (o no tanta culpa). La culpa judeocristiana por tener recursos económicos parece transformarse en un discurso que más bien tiende a premiar a los más esforzados —quienes merecerían lo que tienen. Así, en vez de filantropía, los discursos empresariales sobre la responsabilidad social parecen agrupar los esfuerzos de las nuevas elites. La desigualdad estructural es un horizonte discursivo que casi se ha borrado para la explicación de la pobreza y de las desigualdades sociales. Y no sé si solo en los sectores privilegiados: creo que todos nos sentimos menos avergonzados: de tener o de no tener, pues cada vez nos miramos menos. No nos debe extrañar la aparición de *enclaves socioculturales*.

Acotemos finalmente que el problema no es que existan elites, sino la desigualdad estructural (la exclusión social), la enorme distancia que lleva a olvidos y silencios interrumpidos bruscamente por secuestros, robos, violencia; o de otro lado, desprecio, indiferencia o temor por todo aquello que aparece fuera de lugar. El problema no

es que existan *nuevas elites*, sino la ausencia de lazos, diálogos y proyectos comunes: es decir, la transformación del olvido en legitimidad.

Si bien en este libro no investigamos las relaciones de género en las nuevas elites en el escenario contemporáneo, creemos que el estudio que presentamos tiene vigencia, por un lado por su carácter pionero, y por otro, porque las relaciones de género parecen transformarse en la práctica a velocidades que no siempre coinciden con el vértigo de los cambios económicos, políticos o tecnológicos. Coincidimos con Bourdieu (2000) cuando señala que las relaciones de género han cambiado menos de lo que se supone, pues existirían estructuras objetivas y cognitivas que se mantienen a lo largo del tiempo gracias a instituciones (la familia, la Iglesia, la escuela o el Estado) con capacidad de desplegar mecanismos que llevan a la deshistorización y a la naturalización de las diferencias entre los sexos. Esta propuesta tendría implicancias políticas importantes pues, para producir un cambio significativo en el sistema androcéntrico, no bastaría con pequeños actos de resistencia o con acciones de toma de conciencia, sino que sería necesario quebrantar las instituciones que contribuyen a eternizar la discriminación simbólica de las mujeres. Es cierto, las prácticas, valores y creencias en torno a las relaciones de género han ido transformándose; sin embargo el sistema androcéntrico y el imperativo heterosexual aún marcan nuestros *habitus* y performances sociales. La agencia del sujeto consiste en apropiarse de

fórmulas ya existentes que parecen cambiar en la superficie o muchas veces en aspectos marginales.

Así, nos parece relevante caracterizar el sistema de género dentro del marco de las familias de sector alto limeño, porque se trata de conocer relaciones sociales dentro de un sector social que ejerce poder sobre la sociedad en términos simbólicos y materiales. De otra parte, porque el conocimiento generado sobre el funcionamiento de las relaciones de género en este sector social nos permite interpretar otras relaciones sociales que existen dentro de él mismo y lo ligan a otros sectores de la sociedad. Estudiar las viejas y nuevas elites del sector alto de Lima y el modo en que se articulan con otros grupos de poder local y/o regional, así como la forma en que son percibidas por los diversos grupos sociales, es de vital importancia para pensar en un nuevo pacto fundacional en nuestro país.

El método utilizado en la investigación que presentamos fue eminentemente exploratorio, fundado en una muestra intencional de 20 personas. El trabajo de campo consistió en la aplicación de entrevistas semiestructuradas, cuyos resultados preliminares fueron “devueltos” a un grupo de informantes con el fin de obtener validez y confiabilidad dentro de los criterios consensuados de corte cualitativo. En el Anexo presentamos la guía de preguntas utilizada para las entrevistas.

El libro tiene dos secciones: la primera propone una revisión en torno a la génesis y desarrollo del concepto *género*, presentando los resultados de la investigación sobre

las relaciones de género en el sector alto de Lima realizada a inicios de los noventa en el marco de las categorías de análisis que se desarrollan en la primera parte del texto. En la segunda sección se presenta dos ensayos acerca de género y cuerpo que de algún modo buscan desarrollar las preguntas seminales gestadas en la investigación precedente.

Esperamos que este libro constituya una invitación para estimular nuevos acercamientos a las relaciones de género y los diversos grupos sociales en nuestro país, sobre todo respecto a aquellos aspectos que aún hoy pueden catalogarse como *no-temas*.

Quiero agradecer de forma muy emotiva a los hombres y mujeres que, brindándome amablemente su tiempo, permitieron desarrollar el presente texto. Sus nombres y circunstancias particulares han sido alterados para preservar su anonimato.

